

ARQUEOLOGÍA DE LA PIEL

Valentín Roma

Historiador del arte-comisario de exposiciones. Barcelona 2008

Cuerpo con cuerpo: las pieles
se aproximan y se alejan
entre espejos que reflejan
su deseo. No debeles
la imagen -esos laureles
fenecen-; no te aconsejo
confiar en ese reflejo,
porque ese doble perverso
te revelar · el reverso:
hueso con hueso, pellejo.

Severo Sarduy, Un testigo fugaz y disfrazado (1985)

En 1987, seis años antes de morir discretamente -al revés de como había vivido- en un minúsculo apartamento de París, el pintor, ensayista y poeta cubano Severo Sarduy escribió un libro delicioso y terrible, titulado *El Cristo de la rue Jacob*, que ocupa dentro de la trayectoria del autor ese plácido y desapercibido lugar destinado a lo que se suele denominar como “obras menores”. Aunque los caminos de la historia son inescrutables, tal vez uno de los motivos de esta des-consideración para con el texto fue que se publicó en una pequeña editorial muy poco conocida, especializada en literatura catalana, que se llamaba -malogradamente hoy ya no existe- *Llibres del Mall*; o quizás fuera que el libro recoge, como un puzzle desarmado, lo que el mismo Sarduy llama “epifanías”, es decir, retazos de relatos, imágenes imprecisas, huellas borrosas, marcas sin descifrar. En cualquier caso, insisto, *El Cristo de la rue Jacob* es un texto maravilloso, que se divide en dos partes, una llamada “Arqueología de la piel” y otra que lleva por nombre “Lección de efímero”. Precisamente la primera de éstas es la que me gustaría recordar aquí, con motivo de la propuesta \$42.75 NYC-BCN de Andrea Nacach. En ella Severo Sarduy recorre, desde la cabeza hasta los pies, todas y cada una de las cicatrices que

señalaban su propio cuerpo, trazando lo que bien podría ser una autobiografía, una promenade por los rincones de la historia personal, por lo que de ella ha quedado cifrado en la piel y que, por esta misma razón, sigue contando, hablando, rememorando permanentemente aquellos sucesos que fueron su origen. Desde el ombligo, esa marca que remite a la única cicatriz invisible, la primera de todas, la escisión umbilical, la cual nos permite respirar por nosotros mismos pero, a la vez, nos recuerda nuestra soledad en el mundo; hasta una verruga en el pie, que sirve para reflexionar sobre los efectos del sida, Severo Sarduy ofrece con este escrito un modelo de acercamiento a la identidad propia que parece formularse de la siguiente manera: cada uno puede, leyendo sus cicatrices, “escribir su arqueología, descifrar sus tatuajes en otra tinta azul” -en palabras del mismo autor. Precisamente a esta proposición -dolorosa, necesaria, imposible- planteada por el escritor cubano es a la que parece haberse acogido Andrea Nacach con el trabajo \$42.75 NYC-BCN, que es, de algún modo y al mismo tiempo, cicatriz y epifanía, si seguimos la terminología utilizada por Sarduy. Cicatriz porque esta caja, señalizada por las siglas de dos ciudades, deja entrever al abrirse un conjunto de objetos que es, igualmente, un inventario de huellas que no son físicas sino mnémicas, es decir, una suerte de muescas que quedaron inscritas en ese territorio de la memoria que se encuentra situado entre el recuerdo y la obsesión. Epifanía porque en la encrucijada donde nos coloca una época como ésta, que ha negado casi definitivamente lo inaudito, y en un momento, el de la rememoración del pasado, donde percibimos que cierto dolor constituye lo humano, lo demasiado humano, que diría Nietzsche; en esa tesitura, repito, no hay más remedio que seguir buscando en cualquier parte y en cualquier acto signos de lo absoluto, de lo maravilloso, de lo revelador.

Precisamente este sobreponerse a las contingencias, este atravesar los acontecimientos como si no fuesen “nuestras circunstancias”, aporta al trabajo \$42.75 NYC-BCN una mirada en apariencia distante y aséptica, transformándolo en una especie de travelling emocional por el que circulan toda una secuencia de momentos que ya no están o que “sólo” se manifiestan a través de ese grupo de objetos que se han convertido en sus señales, en sus cicatrices. Transitar por ellos, recorrer lo que tienen depositado dentro suyo, pasar cada una de las páginas -otra metáfora del camino hacia el olvido- con obligada e irremediable dificultad, con esa terrible delicadeza del papel vegetal, es, en definitiva, a lo que nos invita este trabajo, que comienza siendo un ejercicio de voyeurismo aparentemente inocuo,

una especie de infantil curiosidad -como cuando uno registra, sin saber demasiado porqué, los cajones de una casa extraña o de la propia casa- y termina, a medida que los distintos utensilios van apareciendo y desapareciendo, transformado en un dramático acercamiento a lo ausente, identificándonos con aquello que ya no vemos, tal vez con algo que fuimos.

En este sentido, hay en \$42.75 NYC-BCN una historia que avanza desde una cierta inmovilidad, como si no pasase nada. Sin embargo, el interior de una simple caja de cartón puede constituir el atrezzo más sofisticado, el más complejo de los paisajes, el más barroco de los mundos; más que una ciudad, más que un barrio o que una casa, más que el interior de muchas personas. Así, Andrea Nacach nos propone mirar desde arriba el transcurrir de los acontecimientos, como desde un balcón, como desde ese "afuera" donde invitaba a pensar la vida Michel Foucault. Es extraño el modo en que el paso del tiempo y de las biografías más sofisticadas acaba resumiéndose en unos cuantos objetos, termina depositándose en elementos sin ninguna épica: en la entrada a un concierto o a una película de cine, en el folleto de mano de una exposición que visitamos, en un lápiz de colores o en un billete de avión. Precisamente, esta extrañeza de la nuda vida, que diría Giorgio Agambem, manifestándose en cada imagen y en cada paso es, quizás, el relato que cuenta \$42.75 NYC-BCN. Se trata de una enseñanza pequeñísima y sin apenas trascendencia, algo que se olvida pero que, no obstante, se lleva permanentemente inscrito en algún lugar de la inteligencia y del alma, también en algún sitio del cuerpo, como una cicatriz que te identifica y que te atraviesa la piel.